

ALMA INMORTAL

LIBRO DOS DE LAS CRÓNICAS DEL TIEMPO

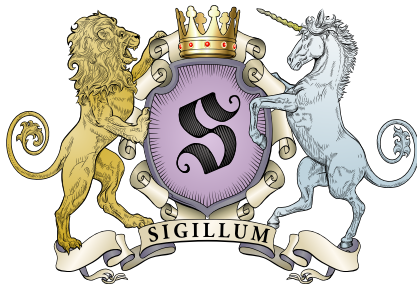


ANA COSTA
ALONGI

ALMA INMORTAL

LIBRO DOS DE LAS CRÓNICAS DEL TIEMPO

ANA COSTA ALONGI



SIGILLUM PUBLISHERS
NEWARK, CALIFORNIA.

Este es un trabajo de ficción. A pesar de que algunos incidentes y diálogos están basados en documentos históricos, la obra en general es un producto de la imaginación de la autora.

Primera edición: Enero 2013.

Segunda edición: Enero 2015.

Publicado por Sigillum Publishers.

6674 Fountaine Ave. Newark, CA 94560

[Www.SigillumPublishers.com](http://www.sigillumpublishers.com)

[Www.Facebook.com/SigillumPublishers](https://www.facebook.com/SigillumPublishers)

ISBN: 978-1-938898-13-6

Library of Congress Control Number: 2015904201

Copyright © 2015 by Ana Costa Alongi.

Editado por Omar Amador. Mediatext International, Inc. Miami, US.

Editado por Rita Sturam Wirkala, PhD.

Ilustración de portada por Vladislav Vovchuk, <http://vladvov.com/>

El logo de Sigillum Publishers es un diseño de Christos Georghiou Design and Illustration. UK. [Www.christosgeorghiou.com](http://www.christosgeorghiou.com)

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, copiada o transmitida en ninguna forma o por ningún medio sin permiso escrito del autor, excepto para ser incluida en una breve cita, en una reseña. Ninguna parte de este libro puede ser representada en público sin permiso escrito del autor.

Impreso en los Estados Unidos de América.

Publisher's Cataloging-in-Publication data

Alongi, Ana Costa.

Alma inmortal : libro dos de las crónicas del tiempo. / Ana Costa Alongi.

p. cm.

ISBN 978-1-938898-13-6

Series : Crónicas del tiempo

1. Immortality --Fiction. 2. Conspiracies --Fiction. 3. Time travel --Fiction. 4. Historical fiction. 5. Romance fiction. I. Series. II. Title.

PQ6653 .O87 A43 2015

863 --dc23

2015904201

*A mi superhéroe personal,
Sebastián*





LA SAGA DE LAS CRÓNICAS DEL TIEMPO

1. CUERPO MORTAL
2. ALMA INMORTAL



ÍNDICE

UN INVIERNO EN LAS MONTAÑAS	11
MI TÍO Y YO	18
LA ESCUELA NUEVA	24
MEMORIAS	33
TRABAJANDO EN MI POPULARIDAD	37
MI PADRE	48
LA CIENTÍFICA HOPI	55
VICTORIA THORNTON	61
DIFICULTADES	75
EL ATAJO	90
DESDICHA	93
EL OBJETO MISTERIOSO	102
EL CAMINO TRAZADO FRENTE A MÍ	128
PROFECÍAS	140
REGRESO A LA NORMALIDAD	153
UN NUEVO MIEMBRO EN EL GRUPO	162
ALMUERZO EN FAMILIA	168

CUESTIÓN DE FE	176
MI PEOR PESADILLA	187
EL OFICIAL DE INTELIGENCIA	202
SERVICIOS SOCIALES	214
EL VISITANTE	221
CERRANDO EL CÍRCULO	227
LA PERSECUCIÓN	234
SIN SALIDA	243
ALEX	252
LOS EXTRAÑOS	259

"Allí estaba yo, un ser del pasado en un mundo desconocido. La luz atravesaba alguna ventana y tocaba mi cuerpo cálidamente. Escuché pasos diligentes a mi alrededor. Las personas caminaban de aquí para allá, ocupadas en sus tareas. Ese era un día sin importancia para el resto del mundo. Para mí, era el primer día de mi vida, en algún lugar y en algún tiempo del futuro."— *Cuerpo Mortal, El último héroe de Pompeya*. A. Costa Alongi.

Y ahora, la continuación...



CAPÍTULO I

UN INVIERNO EN LAS MONTAÑAS



Yo viví antes.
Nací dos veces y morí una.
Aprendí que el tiempo es una secuencia de experiencias. Y que de esas experiencias emergemos victoriosos o sucumbimos.

En mi vida anterior perdí a Alex, y en esta tengo una posibilidad de encontrarla.

Miré a mi padre.

—Ya han pasado ocho años y no tengo ni la más remota idea de dónde está ella.

—Hijo, ¡tienes solo ocho años! ¿Que podrías hacer ahora si la encontraras?

Encogí mis hombros de niño.

—Qué sé yo. ¿Estar con ella?

—Puedo entender tu frustración, pero debes ser paciente.

Una araña extraviada caminaba por el piso de nogal, apurándose para encontrar un nuevo refugio. Con un movimiento repentino, aplasté al insecto con el pie descalzo.

— ¡Al diablo con la paciencia! Tú lo sabes. Dime dónde está.

—No pierdas la fe, hijo. Y recuerda, *hoy debes ser más fuerte que nunca.*

—¿Hoy? ¿Por qué hoy?

Me di vuelta para enfrentarlo, pero Júpiter desapareció tan rápidamente como había llegado, en un resplandor de luz.

Me quedé allí, de pie en medio de mi dormitorio con los ojos cla-

vados en el espacio vacío y las mandíbulas apretadas. Torcí la cabeza y miré en el espejo el pequeño cuerpo que ocupaba.

Soy el hijo del Dios más poderoso del universo y Júpiter, con su infinita compasión, me dio una segunda oportunidad: me envió a este punto en la línea del tiempo. “Deberás tener mucha fortaleza espiritual”, fueron sus palabras aquel día. “*Pero nunca dijo que esperar por Alex sería peor que pararse inmóvil dentro de un enjambre de abejas furibundas*”, pensé.

Tragué y respiré hondo. Una vena pulsaba en mi frente, poniendo ritmo a mis pensamientos. “*La muerte no me detuvo antes y las complejidades de la vida no me van detener ahora*”.

—¡Y estoy TRANQUILO! —le grité al aire—. No solo estoy tranquilo, ¡estoy CONTENTO!

“*Es mi cumpleaños, claro que estoy contento*”, pensé.

La única respuesta a mi alegato fue el tic tac monótono del reloj de pared, que marcaba las 12:23 de la noche. Tomé un libro cualquiera y me fui a la cama con la linterna.

Luché contra las últimas nubes de sueño hasta que al fin me desperté y abrí los ojos. “*¿Qué hora sería? ...seis de la mañana, muy temprano para un día de vacaciones*”. Me despecé en la cama y volví la cabeza para mirar a través de la ventana. Afuera, los copos de nieve caían silenciosamente.

En enero, era común que todo estuviese cubierto por un manto blanco en Lake Tahoe. Era un día de invierno helado y ventoso, un día como cualquier otro.

Escuché atentamente los ruidos, esperando a que Ann y Max se levantaran. Cuando Júpiter me puso en aquel pequeño cuerpo antes de nacer, me dio los mejores padres del mundo, excepto que cuando no tenían que trabajar les gustaba dormir hasta el mediodía.

Me levanté y fui hacia el gran ventanal en mi habitación. Pegué las manos y la nariz al vidrio. Mi aliento dibujó una nubecita en él y la borré con el dedo.

El reloj seguía marcando el paso del tiempo y la luz, que el sol proyectaba sobre las montañas, se movía a su ritmo. Las sombras iban haciéndose más y más pequeñas mientras se extendían los primeros rayos del sol.

No había otras casas cerca de la nuestra, así que podía ver hasta las cumbres más lejanas. Recordé de nuevo aquel día trágico en Pompeya, cuando el Vesubio bramaba y escupía fuego y ceniza por la boca. Pero estas montañas eran diferentes, cubiertas de unas arboledas exuberantes y enmarcadas por un cielo transparente. Los cedros y pinos estaban cargados de nieve y las piñas parecían estar espolvoreadas con azúcar.

“*Hace frío*”, pensé y corrí de nuevo a mi cama. Me acurruqué entre mis colchas calientes y me tapé hasta la nariz. “*Espero que se despierten pronto*”.

Luché con el tedio de la espera por un rato hasta que Max, mi padre, asomó la cabeza por la puerta.

—¿Ya estás despierto, campeón?

—Sí, papi.

Entró tratando de esconder un gran paquete detrás de la espalda.

—¡Feliz cumpleaños, tigre!

Sacó el regalo, se sentó en la cama y me lo alcanzó. Me destapé de una patada y me abalancé sobre el misterioso paquete. Rompí el papel y cuando vi lo que era, aprisioné a mi padre en un abrazo.

—¡Justo lo que quería! Gracias, papi.

Max rió.

—Ja, ja... Sí, tal vez no tenga nada que ver con que me la pediste unas cien veces —dijo y luego frunció el entrecejo—. Pero hagamos un trato: vas a hacer un ruido infernal hasta que aprendas a tocar algo, y no quiero que tu madre me sermonee, así que este es un regalo de tu tío Dexter, no mío. ¿Entendido?

—Es un regalo del tío. Entendido. —Achiqué los ojos con complicidad, imitando la cara de los mafiosos que veía en la tele. Chocamos nuestros puños en señal de acuerdo.

Me tiré de la cama y fui a buscar que ponerme. Mi pulóver preferido estaba en un estante muy alto. Me coloqué detrás de la puerta del viejo armario de cedro, para que Max no me viera, y alcé mi mano hacia el pulóver. Este descendió hacia mi, flotando mágicamente.

Cuando me terminé de vestir, mi padre me miraba complacido.
—Es increíble cómo pasa el tiempo, ya eres todo un hombrecito.

Había amor y admiración en sus ojos. Me dio otro abrazo y salimos de mi cuarto.

—Estoy listo, jefe. —Yo seguía imitando a los mafiosos cuando le hablaban al *Padrino* y exagerando mi obediencia.

Salimos de mi cuarto y nos dirigimos hacia el comedor, en la planta baja. Ann ya estaba en el comedor y me esperaba sentada a la mesa, con una gran sonrisa.

—Feliz cumpleaños, mi dulzura.

Corrí a sus brazos y me llenó la cara de besos. Max la besó ligeramente en los labios y se sentó a su lado.

—¡Papi me regaló una guitarra eléctrica! —grité impulsivamente, recordando al instante la promesa hecha a Max. Me detuve y lo miré enseguida como pidiendo perdón—. ¡Huy!

Él sacudió la cabeza, sonriendo. Mami le hizo una mueca y se volvió hacia mí.

—Hoy eres rey por un día.

Me entusiasmé con ese anuncio. Di unos saltitos de alegría en mi asiento y apareció la cabeza de Mr. Wilson entre mis piernas. Mi perro y yo éramos dos tíos con nombres muy extraños. Mi nombre era anticuado y mi perro fue nombrado así por una película.

—Papi, ¿me cuentas cómo fue que me pusieron Marcus?

Max apoyó el codo en la mesa y se inclinó hacia mí.

—¿Qué tienes con esa historia? Te la he contado al menos diez veces.

—¡Porfis!

Max suspiró.

—Bueno, me resultó extraño que Mami te pusiera ese nombre. Entre los dos habíamos elegido llamarte Benjamín, pero luego decidí a último momento cambiarlo por Marcus.

Ann me puso una servilleta sobre el pecho.

—Y Mami ya te contó que no sabe por qué. Solo se me ocurrió a último momento y me encantó.

“Y yo estaba obstinado en llamarme igual que en mi vida anterior”, pensé. Pero ya no era Marcus Poppeus. Ahora era Marcus Dominic Grimaldi.

—¿Y la historia de Mr. Wilson?

—¿Esa también? ¿Te ha picado el bicho de la nostalgia hoy? —Max arqueó una ceja.

—¡Solo una vez más!

—Mami había comprado a Mr. Wilson cuando estaba embarazada de ti, en una de mis temporadas de fútbol. Eran largas semanas de soledad y por eso lo llamó Mr. Wilson. —Max estiraba las palabras como si hablara con cansancio, pero solo bromeaba conmigo.

La primera vez que me lo contaron no entendí, y entonces me alquilaron la película *Cast Away*. Allí, Tom Hanks había nombrado así a su pelota. En su absoluta soledad de náufrago en una isla desierta, el hombre había transformado a una pelota Wilson en un amigo imaginario: la única “persona” con la que podía hablar.

Ann continuó la historia.

—Me sentí sola cuando papá estaba de gira, así que también nombré al perro Mr. Wilson.

Max se defendió con una sonrisa en los labios.

—Ya sabemos que Mami es una romántica incurable.

Volví a sentir cómo el amor de ambos me envolvía cuando me contaban esas historias.

Me concentré en mi chocolate mientras mis padres charlaban entre ellos y tomaban café.

—Debemos salir temprano. Hay mucho que organizar y no me gustaría dejar a la abuela con todo el trabajo —escuché decir a Ann.

Este año, mi abuela me regalaba la fiesta de cumpleaños en su casa, con un mago y todo.

—Saldremos apenas terminemos el desayuno —respondió Max.

Engullí dos sabrosos pancitos dulces, me tomé la mitad de la taza de chocolate y me levanté.

—Vamos, ya estoy listo.

Max contestó a mi orden alegremente.

—Sí, mi general.

Atravesamos la enorme sala, iluminada por el fuego que chisporroteaba sobre la leña en el hogar. En el vestíbulo, Ann me alcanzó mi chaqueta.

Agarré la capa de Mr. Wilson, que me seguía. Le di unas palmaditas y le puse el abrigo para resguardarlo del frío.

—Voy a traer el coche, esperen aquí. —Papá abrió la puerta y salió solo. Una pequeña ventisca nos pegó en la cara, dándonos un adelanto del clima helado del exterior.

—¡Voy contigo! —dije alzando la voz.

—Quédate con tu madre. Hace mucho frío. —El viento trajo su voz mientras mi padre caminaba hacia el garaje.

Lo miré desilusionado. Ann me acarició la cabeza y me puso una mano en el hombro. “*Me tratan como a un chiquillo*”.

Era difícil aceptar mi papel de hijo pequeño, en el que mis padres tomaban decisiones por mí. Tenía todos los recuerdos de mi vida anterior.

“*No importa, voy a estar con él todo el día*”, pensé y decidí no ponerme de mal humor, como solía pasarme muchas veces.

A través de la pared de vidrio de la entrada, Ann y yo mirábamos hacia el bosque blanco. El sol había desaparecido tras una espesa capa de nubes azuladas.

Los focos del vehículo nos iluminaron. Max estacionó la camioneta deportiva delante de la puerta.

—¡A que llego primero! —Ann me retó a correr.

Salí corriendo sin contestarle, aceptando su desafío. Mr. Wilson me siguió. Ann salió un instante después, obviamente con la intención de dejarme ganar.

Llegué al coche antes que ella. Dejé entrar al perro, me tiré adentro y cerré la puerta de un portazo. Todo en unos segundos.

Ann venía detrás, riéndose a más no poder. Su risa era muy contagiosa.

Max arrancó y salimos rumbo a la casa de la abuela. Era solo una media hora de viaje desde Squaw Valley hasta North Lake Tahoe. Tomamos la ruta este hacia el lago, que luego bordearíamos con rumbo norte.

—Vamos a ir despacio. Es temprano y todavía hay hielo sobre el asfalto — nos anunció Max.

—Está bien —Ann prendió el estéreo y Queen sonó en el aire. La canción era “*Who Wants to Live Forever*”.

Max la miró.

Ann le sonrió.

—Me gustan los clásicos.

—Lo sé, amor.

—¿Falta mucho? —pregunté, aun sabiendo que recién habíamos salido.

—No, campeón, en un ratito llegamos. —Max me sonrió por el espejo retrovisor.

Me acomodé en mi asiento y vi un venado que comía de un pino ponderosa a unos metros de la ruta. A través de la música, escuché el graznido de un águila mientras incontables árboles pasaban al costado del camino.

Todo sucedió demasiado rápidamente.

Primero oí gritar a Ann. Ella se dio vuelta hacia mí con ojos desesperados. Miré hacia el frente. Un coche venía patinando hacia nosotros por nuestra misma senda. Max hizo una maniobra para esquivarlo. Entonces nuestro vehículo también comenzó a patinar a causa del hielo. Levanté las manos y, usando mis poderes, desvié el otro vehículo hacia la cuneta, evitando el impacto. Miré hacia atrás y vi que el coche pudo detenerse en firme, pero ahora éramos nosotros los que patinábamos por la senda contraria. Volví la vista al frente y vi, solo por un instante, el enorme camión que se nos venía encima. El impacto fue tremendo. Sentí ,atontado, cómo volábamos por los aires.

“*Who Wants to Live Forever*” seguía sonando su tonada profética mientras nuestro vehículo giraba sobre sí mismo una y otra vez, como en movimiento lento. Lo que siguió fue una absoluta oscuridad.

CAPÍTULO 2

MI TÍO Y YO



Era un domingo tranquilo de verano, el sol estaba alto y las calles desiertas. Pedaleé con más fuerza en la bici para recorrer el último tramo hasta Shoreline Boulevard. Doblé a la derecha en Space Park Way y avancé los últimos metros hasta el fondo de la calle, hasta la entrada del barrio de casas móviles. Me bajé y continué a pie llevando la bici a mi lado. Era la hora del almuerzo y tenía la esperanza de encontrar algo de comer en la cocina.

—Hola, Marcus, ¿ya te estás acostumbrando al vecindario? —el nuevo vecino agitó la mano hacia mí. Era un hombre bastante anciano.

—Sí, señor Matusak.

Un par de semanas atrás, nos habíamos mudado con mi tío a este lugar en Mountain View. Era un barrio de casas móviles que tenía un parking para tráileres y allí vivíamos, al fondo del barrio, en nuestro propio tráiler. Nos habían corrido de la última casa que rentábamos por falta de pago.

El señor Matusak me extendió una bolsa de plástico.

—Llévale este hueso a Thomas, ¿quieres?

—Claro.

Thomas era un perro huesudo que estaba siempre atado cerca de la entrada del complejo; lo dejaban ahí con la intención de espantar a los desconocidos. No era una buena idea tenerlo allí de guardián, ya que estaba viejo, con el olfato y la vista bastantes deteriorados, y podría morder a cualquier vecino.

Thomas comenzó a ladrarme al ver aproximarse mi figura, pero se calmó cuando estuve a unos metros y me reconoció. Siempre hacía lo mismo. Le di una palmada en el lomo. Le eché el hueso en su plato de comida y seguí mi camino pedaleando en mi bici. Tenía el sol a mis espaldas y mi sombra me precedía, larga y delgada.

—Eh, Marcus, tu tío me dijo que le ibas a echar una mirada a mi coche. ¿Podrías hoy? —me gritó otro vecino.

—Bueno, más tarde señor Crugger, ¿sí?

—Está bien.

Me dirigí hasta el final del barrio y entré en el estacionamiento.

Dexter, mi tío, se había ganado el tráiler viejo dónde vivíamos en una partida de póker y conocía al administrador de la propiedad. De alguna manera consiguió que, por una pequeña suma mensual, se hiciera de la vista gorda por un tiempo y nos dejara quedarnos en aquel aparcamiento de tráileres que era solo eso, un parking. No un lugar para vivir.

Llegué y abrí la puerta; el olor a alcohol me penetró la nariz desagradablemente. Subí de mala gana un par de escalones para entrar en el pequeño espacio.

Dexter dormía al fondo, en su catre. Yacía con la boca abierta y un hilo de saliva le caía sobre el pecho. Tenía unos treinta y cinco años, pero el exceso de peso lo hacía verse mayor. Una barba descuidada con algunos fideos pegados, probablemente de su última comida, le tapaba la mitad del rostro. Al igual que yo, vestía ropa descolorida y pasada de moda.

Abrió un ojo y me miró.

—¿Dónde te habías metido? Te busqué por todos lados. Hoy tenemos trabajo —anunció secamente.

En realidad yo tenía trabajo, porque lo único que haría él sería mirarme mientras yo hacía todo solo. No le contesté, así que siguió hablando.

—Vamos a arreglar el coche de Crugger. Serán unos \$400 por un día de trabajo. No está nada mal, ¿verdad?— se levantó del catre y caminó unos pasos hacia la puerta.

—No. Nada mal.

—Apúrate, te espero afuera.

—¿Tiene que ser ahora mismo? Mañana empiezan las clases y tengo que preparar algunas cosas. —“Y peor aun: es otra nueva escuela”, pensé.

—Mañana quieres comer, ¿no es así? Eres un maldito sabiondo, así que no vas a tener ningún problema —salió pegando un portazo.

Yo quería leer algunas cosas, pues el consejero me había dicho que los chicos de esta escuela estaban un poco más avanzados en algunos programas y que debería ponerme al día.

De todas formas, no tenía caso protestar, y había que ganar algo de dinero si quería comer.

Asomé mi cabeza por la puerta.

—¿Conseguiste alguna entrevista de trabajo?

Se dio vuelta y sacudió la cabeza.

—No, nada que valga la pena. Quieren pagarte una miseria por largas horas de trabajo. Sacamos más dinero arreglando un par de coches a la semana.

No le contesté y me metí en el tráiler.

Podría perder mi tiempo maldiciendo a mi tío, o podría simplemente tratar de pasar ese año lo mejor que pudiera. Con mis diecisiete años aún era menor de edad, pero estaba esperando cumplir la mayoría para escaparme y alejarme de él.

Miré por todos lados y vi que no me había dejado nada para almorzar. Revisé el refrigerador y la alacena y solo pude encontrar un pan olvidado que se había puesto algo duro. Al menos serviría para aplacar mi estómago, que crujía.

Luego de terminar con el pan, tomé bastante agua.

Mi tío me gritó desde afuera:

—¿Ya terminaste de perder el tiempo?

Como respuesta, dejé el vaso sobre la mesa y salí del tráiler sin más demora.

Caminamos en silencio por las calles internas de la propiedad. Miré el piso de cemento viejo y cuarteado de la calle. La acera era irregular y el frente de algunas casas estaba invadido de macetas con plantas vetustas.

Llegamos a casa de Crugger y Dexter golpeó la delgada puerta pintada de marrón oscuro. El frente estaba adornado con matas, aunque algunas casi secas. A la derecha había una diminuta ventana con los

vidrios bastantes sucios. Crugger se asomó por allí en una camiseta con manchas de comida y con cara de sueño.

—Pueden comenzar, la llave está puesta. Voy en seguida. —Nos señaló hacia la derecha, donde estaba el característico alero para guardar los coches, el mismo que tenían todas las casas del barrio.

Me arrimé al Chrysler y abrí el capó. Mi tío se sentó en una banqueta.

—Dice que es la bomba de agua. Ya compró una, así que empieza a desatornillar esa.

Comencé a hacer fuerza y aflojar tornillos. Dexter miró el piso con avaricia.

—Cuando termines, métete esa llave entre la ropa, nos va a servir para algún otro trabajo —escupió las palabras en voz baja, señalando con la cabeza una pinza regulable que se hallaba tirada en el piso—. Este idiota no se va a dar cuenta.

El tipo era a su amigo pero mi tío no daba tratamiento especial a nadie.

Luego de un buen rato apareció Crugger con un paquete en la mano.

—Aquí tienes, chico, la nueva bomba.

La tomé y la puse a un costado, mientras terminaba de desarmar la pieza vieja.

Mi tío miró a Crugger.

—¿Tienes tiempo para una partida de póker?

—¿Ya estás con ganas de que te desplume de nuevo?

—Inténtalo si puedes, compadre —se rió mi tío.

—Vamos adentro —. Crugger entró de nuevo a su casa seguido por mi tío.

Me quedé allí, tratando de terminar lo antes posible para poder echarle una ojeada a los libros. De tanto en tanto me llegaban desde adentro las risotadas de Crugger y de mi tío, quien seguramente se habría tomado un par de cervezas. El trabajo se complicó un poco debido a que no tenía las herramientas adecuadas. Las gotas de sudor me rodaban por las sienas.

Cuando terminé, prendí el motor y observé la bomba de agua detenidamente. No había pérdidas y todo parecía funcionar adecuadamente.

Al escuchar el motor, los dos hombres salieron para ver el coche.

—Qué buen trabajo, chico, gracias —proclamó Crugger mirando el motor.

El hombre estaba satisfecho y extendió unos billetes de cien dólares hacia mí. Dexter interceptó el movimiento y tomó los billetes.

—Ya sabes, Crugger, el chico sabe tanto como cualquier mecánico y es más económico. Si tienes algún otro problema, nos buscas.

—Bueno, pero ahora va a tener menos tiempo porque comienza la escuela.

—No te preocupes, siempre hay tiempo para algo de trabajo, ¿no es así? — Mi tío me dio un codazo para que dijera algo.

—Sí, claro. Lo que necesite.

Ya nos estábamos yendo cuando Crugger agregó, mirando a Dexter:

—¿No tienes algo que darme?

— ¡Ahora mismo?

—Acabas de perder cien dólares a las cartas, así que es mejor cobrar ahora, antes de que te gastes toda la plata.

Dexter le devolvió uno de los billetes de cien que había recibido.

—Deudas son deudas —dijo con falsa solemnidad.

Nos fuimos de allí y caminamos un par de cuadras hacia el tráiler.

—¿Tienes la llave?

—No.

Me pegó un coscorrón en la cabeza que me tensó todo el cuerpo.

—Estúpido chico. Cuando tengas hambre vas a pretender que yo te alimento, ¿no es así? No puedo alimentarte y comprar herramientas al mismo tiempo.

Me miró con enojo y luego frotó una mano contra la otra con ansiedad, olvidando mi transgresión.

—Sigue tú. Yo voy hasta el supermercado a comprar unas provisiones.

Asentí en silencio. Yo sabía perfectamente a qué se refería con “provisiones”. Gastaría la mayor parte del dinero en cerveza y compraría algo de comida para un par de días. Lo vi alejarse y seguí la vereda hacia el tráiler.

Agaché la cabeza para mirarme los pies mientras caminaba. Innumerables manchas en el cemento iban desapareciendo a medida que mis

pies avanzaban. Sentí un gusto amargo en la garganta y tragué saliva.

Mis días de juventud principesca en Roma formaban parte de un pasado que no iba a volver. Marcus, el héroe, ya no existía. Respiré hondo hasta que la presión del aire hizo que me dolieran los pulmones.

SI TE GUSTÓ LO QUE LEÍSTE...

[HAZ CLICK AQUÍ PARA COMPRARLO](#)